

En los bordes de la transferencia – Susana Débora Neuhaus

“Cuando la única experiencia posible es el horror o la mentira, el rechazo de la experiencia puede entonces constituir -provisoriamente- una defensa legítima.”

G.Agamben: “Infancia e historia”

La violencia y el desamparo, en la infancia, determinan un estilo de subjetivación diferente al que produce la experiencia amorosa. Entiendo infancia, con Agamben, no como una etapa de la vida, sino como sede de la experiencia de adquisición de la lengua. El encuentro y compromiso de cada uno con una lengua cualquiera es siempre traumático. Pero a veces, dice Sylvie Le Poulichet, “hay cuerpos precipitados tan precozmente en la urgencia de un goce devorador, que no tienen “la opción de la neurosis ni del repliegue psicótico”. No se trata de un mundo sin Otro, sino de una posición al margen del Otro, una especie de insubordinación al pacto simbólico obligado para cada ser hablante.

Si la respuesta subjetiva es el rehusamiento de la palabra como pacto (y en este sentido elegí el epígrafe), adviene el colapso de la mediación de la palabra, con otras consecuencias que las derivadas de la sujeción a la cadena significante.

Quienes nos consultan o son traídos, se presentan con relatos deshilvanados de infortunios no historizados, sin preguntas, con estados de actuación casi permanentes, que se alternan con momentos de intensa angustia carente de palabra.

La experiencia precoz de no-lugar en el lenguaje no permite la historización, sustituyéndola por un devenir de acciones en las que se trastoca el peligro de vivir en un peligro puesto en juego en escenas que convocan al Otro, para escapar a la desintegración. El acting, al sustraer los equívocos de la palabra, mostrando la infidelidad al pacto simbólico, priva, por ese atajo, al sujeto de tratar el goce por la palabra. Aspira a cancelar el malestar en forma directa, sin pasar por el retorno de lo reprimido. La precipitación de una escena en otra delinea un trayecto que procura un lugar vacante donde alojarse. Esta experiencia de exclusión no exilia del lenguaje, pero sitúa al sujeto en un borde precario.

Convocados a operar con esta “síntomatología muda”, para los analistas “se trata de localizar los modos, incidencias, supuestos, operaciones de enlace, entre la experiencia de cada sujeto y la catástrofe” del Otro. (Ritvo) ¿Cómo operar?

Aquí se abre un lugar para la institución, dispositivo que, como aparato de lenguaje, instauro lazos que acotan el goce y hacen lugar al advenimiento subjetivo.

¿Cómo fundamentar la práctica en la institución que responda a estos fenómenos?

Es una apuesta clínica habilitar recursos diferentes a los ofrecidos por las instituciones filantrópicas, educativas o punitivas.

Se trata en primer término, de ofrecer Otro deseante, no anónimo, que reconoce, nombra y aloja al joven. Establece pautas, pactos, normas y sanciones. Situamos allí operaciones, maniobras e intervenciones destinadas a promover un pedido de ayuda para aliviar el sufrimiento, y pasar de la urgencia del Otro a la urgencia del sujeto por venir.

Es un trabajo entre varios, que se sostiene de un discurso dominante que define jerarquías, modos operativos e ideales. Pero se fundamenta también en el discurso analítico. La institución, como decía Winnicott es terapéutica, y no mera antesala de un psicoanálisis que toma sobre sí toda la responsabilidad del tratamiento.

La diversidad de los que participan deben coordinar sus tareas y encontrar su propio fundamento, articulados al discurso-amo, pero, a la vez sostenidos de la relación de cada uno, uno por uno, con su vacío, con su causa. La institución no se constituye como amo del saber, sino que debe garantizar la interrogación permanente sobre la práctica de cada uno en el equipo, práctica que respeta la iniciativa y el estilo singular, y refiere siempre al trabajo de los demás, siendo “cada uno, en primera persona, responsable de ello” (A. di Ciaccia: “De la fundación por Uno a la práctica entre varios”)

De este modo se mitigan los efectos imaginarios, las rivalidades, y se hace posible llevar adelante el proyecto “con la sorpresa y la invención de cada uno”.

Para que la oferta de escucha, como recurso para hacer entrar en vereda discursiva esa turbulenta secuencia de acciones, tenga eco, se hacen necesarias, por parte del analista, una serie de maniobras. Entre ellas: mostrarse barrado, ofreciendo un lugar de alojamiento a quien viene, primero, a dar testimonio de su padecer. Permanecer callado ante estos relatos no genera enigma, sino más bien reitera el horror de la experiencia muda padecida. Las interpretaciones no encuentran lugar ante la consistencia del desafío. El acting-out interroga la ética: ¿prohibir, interpretar, abstenerse? Sostener, dice Lacan, dar la mano.

A continuación, una experiencia clínica.

A partir de un pedido voluntario de protección a Cáritas, Mariana ingresó a la institución, derivada por el Consejo del Menor. Se trata de una institución con régimen abierto, ONG que trabaja con los programas del Consejo. Es una casa donde las adolescentes viven y realizan actividades. Asisten a la escuela y/o trabajan afuera. En la mayoría de los casos la tutela es ejercida por un juez.

Mariana se presentó sin documentos, bajo el nombre de María. Sus relatos deshilvanados, contradictorios, reiterativos y su inhibición intelectual sugirieron al psiquiatra la posibilidad de una debilidad mental o un delirio psicótico. Sin embargo, esto contrastaba con su aspecto luminoso e infantil y con un débil hilo conductor en sus narraciones. ¿Mentiras, delirios, fabulaciones? No era fácil orientarse

A los pocos días de su llegada debió ser llevada al hospital con un cuadro de mareos e intensos dolores abdominales, en medio de gritos y relatos inconexos de escenas de tiros, heridas, internaciones. La coordinadora pensaba en un traslado a otra institución, el psiquiatra en una breve internación psiquiátrica. Sugerí esperar unos días.

En la siguiente entrevista insistía con un pedido, casi ruego: que le comprara una revista con fotos de Ricki Martin. Ante mi negativa, propuso que yo le comprara la revista y, a cambio, ella me contaría cosas. Ofrecí escucharla, si eso la ayudaba. “Es mi trabajo, por el que me pagan”, agregué.

Días más tarde, volvió a hablar de heridas, internaciones, en diferentes versiones. Cerré la sesión con “la vez que viene sigue el próximo capítulo de la novela”. Se rió.

Estas intervenciones se enlazaban con la oferta institucional de participar de un taller de revista. En este marco, la coordinadora le compró la revista pedida, como material de trabajo para escribir un artículo sobre Ricki Martin en la revista que hacían en el taller.

Estas y otras maniobras institucionales, como sancionar sus relatos como verdaderos o falsos, señalar su sometimiento a sus compañeras, hacerle saber las preguntas que suscitaba en el equipo, la fueron conduciendo a la experiencia del relato. Es así que, acompañada por la operadora que coordinaba el taller, reveló su nombre y su edad. Pidió perdón por las mentiras,

destinadas a evitar que el juez la forzara a retornar con su familia de crianza, de donde se había fugado.

La hostilidad de las compañeras y la inquietud en el equipo, que no terminaba de alojarla, disminuyeron notablemente.

Lentamente, en las sesiones individuales fue desplegando escenas y retazos de historia que no seguían ninguna cronología.

Un movimiento se verificó tras un episodio en el que fue pegada por algunas compañeras. Por primera vez se defendió y rehusó seguir siendo “la muñequita de todos. Antes no me daba cuenta. Ahora me cansé”. Doble sanción: a las compañeras: no se puede pegar, interdicción del golpe como recurso; a Mariana: se puede decir que no.

Ante una nueva propuesta de intercambio: “me comprás marcadores y yo te doy una pulserita que hice con cuentas” se mostró disconforme: “es una caja de 6, no de 12”. Transacción con pérdida, primer indicio de que algo podía faltar.

Más adelante, la institución dispuso la reducción en la frecuencia de las sesiones individuales, a lo que Mariana reaccionó con enojo. Me pidió más cigarrillos, y, ante mi negativa se fue del consultorio llevándose el paquete. La seguí, se lo reclamé, teniendo por testigo casual a una operadora. Prometió devolverlos la próxima. Pero la vez siguiente pretendía que eso ya había pasado, que no se acordaba, que no se dio cuenta. Le respondí que yo había tomado en serio su palabra. “Es tu palabra contra la mía”, replicó. Invoqué al tercero, testigo de su compromiso. Entonces ella misma se impuso una sanción: “bueno, como yo ya me los fumé y convidé, entonces vos no me convides por un mes”.

Con un cierto grado ya de confianza en los pactos, hilvanó su historia de padecimientos, abandono y maltrato en la primera infancia y violaciones sucesivas más tarde, por un joven integrante de la familia guardadora, que fueron inadvertidas hasta poco antes de un parto prematuro.

Un momento de viraje se sitúa ante el surgimiento espontáneo de una escena que se tornó cómica por la vía de una intervención. Mariana estaba con algunas compañeras y una operadora cuando yo entré. Saludé y nadie respondió. Al pasar cerca, sin querer, chocamos hombro con hombro. Le dije: “Ah! Qué nueva forma de saludo!” Se rió a carcajadas. Las demás se unieron a la risa, sanción reforzada por palabras de la operadora. Desde entonces Mariana no sólo instaló ese saludo conmigo, sino que no dejó de reírse de cuanta torpeza me sucedía a mí y más tarde a ella misma.

Lo cómico se despliega en el campo imaginario, localizando y recortando un defecto en la imagen, que indica un vacío al señalar el rasgo que descompleta. En este sentido, la intervención que produce comicidad cumple una función en la cura. Acota un goce real atrapado en la relación imaginaria yo-otro, que la risa sanciona.

Como advierte Freud, lo cómico no concierne a lo inconciente, a diferencia del chiste, porque opera desde lo imaginario, pero también apunta a un real. Conecta con un más allá de la imagen donde se sitúa el objeto a. Por eso conduce a la división subjetiva bordeando la angustia.

Del gesto cómico que sustrae un goce a la imagen, puede pasarse al deslizamiento significativo que, por el equívoco hará oír lo que de otro modo no se dice. La escena cómica muestra aquello que hará texto en el chiste.

Este trayecto no pretende suplir las carencias padecidas, sino suscitar el recurso del significativo.

Esta intervención estableció un tope a la inhibición y abrió un intersticio por donde introducir la dimensión del equívoco y el engaño. Mariana comenzó a ejercitarse en esta dimensión del significativo, enriqueciendo su quehacer con chanzas y juegos verbales graciosos.

En una sesión, al hablar de cómo se consigue el dinero, dijo saberlo. Me incita a leer sus labios con los que articulaba, sin proferir: “prostitu...” Cuando yo enuncié el vocablo, se rió y dijo: “Cómo! NO...!”

Cómo voy a decir eso! Yo quise decir proyecto joven”. A continuación preguntó qué era, cómo funcionaba, si ella podía ir. Proyecto Joven era un programa del Ministerio de Economía destinado a incluir a los jóvenes en el aparato productivo. Ofrecía cursos de capacitación laboral en los más diversos oficios, con viáticos pagos y pasantías rentadas, sin requisitos de escolaridad o formación previos-

En el curso de los meses siguientes se produjeron distintos contactos con la familia a cargo, con su hijo y se localizó a la madre y abuela biológicas. Mariana fue acompañada desde la institución en todos esos encuentros.

En sesión, concluyó: “Estaba como en un sueño y desperté. Yo entendía todo al revés. No me daba cuenta. Pensaba que mi familia de crianza me había separado de mi mamá. Y fue al revés. Ella me dejó. No me voy a hacer más la tonta.”

Se propuso indagar otras cuestiones: qué pasó con su padre biológico, qué pasó con la madre adoptiva que ignoró su padecimiento, qué pasará con su hijo “que un día tendrá que saber la verdad”

Agosto 2007